

raras conversaciones con él, casi todas en presencia de terceros, yo simulaba ser un defensor convencido de sus teorías, que me sabía de memoria, y a veces incluso forzaba un poco la nota, lo que parecía complacerlo. Mi actuación no era irónica, sólo pretendía evitarme problemas y prevenir posibles ataques de malhumor o desconfianza. Más tarde, cuando leí los testimonios de los contemporáneos de Blake, me encontré con su misma aleación de bonhomía e irascibilidad; como el autor de *Milton*, Redgrove era un hombre apacible y atento pero capaz de entrar en cólera si se contradecían sus convicciones más íntimas. Sus ideas estaban salpicadas de humor y eran siempre interesantes, pero a veces contenían formulaciones excéntricas que en mis momentos de escepticismo invitaban perfectamente a la sonrisa, o a una burla amable. Pero esto él, y con razón quizá, no lo hubiera entendido. Los demás, los no creyentes, estamos condenados a ser siempre las moscas que importunan a la efigie; yo procuraba, en su presencia, que no se oyera ni uno de mis zumbidos.

Dediqué varios meses de mi vida a estudiar sus papeles y disfruté con sus poemas, tan llenos de vida, de ingenio, de imágenes nerviosas y precisas disonancias, donde los «raros ciempiés del pensamiento», como él los llamó, campaban a sus anchas proponiendo enigmas y atrevidas hipótesis sobre el mundo natural y el mundo de los hombres. Sus poemas, como en todo escritor genuino, eran la verdadera razón de ser de su ideario, abriendo una puerta que le permitía borrar las limitaciones de lo puramente conceptual. Y uno de los primeros textos suyos que leí, precisamente en el seminario de Neil, fue este «En la farmacia» («In the Pharmacy»). Transcribo aquí mi traducción como un pequeño homenaje a su ejemplo, y con el recuerdo de su voz resonante, bien entrenada, que sabía como pocas llenar una sala e insuflarle aliento, el aliento irreprimible de quien muestra con orgullo lo que ha encontrado:

## EN LA FARMACIA

*para Wendy Taylor*

Prodigio: al otro lado del frasco, sobre el rótulo,  
una polilla de alas bordadas ensombrece  
el vidrio. Sin aviso, echa a volar y cambia

de frasco. Bajo el cuello de cristal  
otra etiqueta reza *Lapis invisibilatis*:  
beber de esta botella nos haría invisibles.

Etiqueta ambulante, la polilla gravita  
de un frasco a otro, roza con sus ropas de harina  
el mármol, y en su lengua rasposa se debaten

el azúcar del cuello, las gotas del tapón:  
como un conejo de alas chillonas, la polilla  
extrae de los fármacos su esencia, se revuelca

de jarra en jarra y sella en cápsulas su propia  
meditación, implica en su metamorfosis  
nuestra explícita medicina.

¿Y la pócima,  
el filtro de la invisibilidad? El gusano recuerda  
que ha de morir, y muere (como rezaba el rótulo),

todo acaba en el líquido interior del capullo  
donde sólo la pulpa medita, sólo el nervio  
extenso como una raspa de arenque,

y ya en torno a ese nervio tiernamente se abren  
nerviosas alas donde, con bella letra antigua  
de boticario, escrita se perfila: la fórmula.

*17 de enero.* Sobre la mesa, una naranja. Por la ventana abierta se cuele un ruido de coches, de perros que ladran, el estruendo en sordina de las seis de la tarde. También nosotros nos volvemos satélites de ese pequeño sol.

*18 de enero.* Leo en un librito de Piglia que el cuento corto se distingue por estar contando dos historias a la vez: la que cuenta de manera explícita, y otra que transcurre por debajo, apenas perceptible, pero que al hilo de aquella infunde su energía secreta y contenida a la superficie.

No está mal visto. Lo estaría mejor si añadiera que hay una tercera: la que sigue al final de la historia.

*4 de febrero.* Desde el pasado lunes las máquinas se dedican a echar abajo el viejo edificio de la estación de autobuses que ocupaba la manzana adyacente. Todos los días, al llegar a la oficina, me sorprende el olor acre y metálico del aire, la humedad oscura, como de fosa enmohecida, de las nubes de polvo que sortean la manguera del operario. Hoy, tercera jornada

de los trabajos de demolición, sólo queda la fachada oeste con sus despachos y pasillos correspondientes: una muralla a medio hacer sobre una pequeña sierra de cascotes, amasijos de hierro y cristales rotos.

Redescubro mi fascinación por las ruinas modernas, aunque la fealdad del edificio original, un poliedro mostrenco en el peor estilo de la arquitectura oficialista de la posguerra, rebaja un poco mi entusiasmo. Hace poco, en Gijón, pasé casi una hora contemplando la demolición de un edificio de El Muro. Lo mejor era observar, abiertos por un corte transversal y se diría que sujetos por hilos invisibles, los cuartos y dormitorios donde aún quedaba una silla o un cuadro mal colgado: el lugar de la intimidad expuesto a la mirada de los curiosos. La pala, como una mano encorvada y afanosa, iba empujando los muros hacia dentro, rompiendo el canto superior de las fachadas con infinita delicadeza, hundiéndose en la pasta quebradiza de los cascotes. La destrucción, además de cautela, exige una paciencia a prueba de rodeos.

Una casa o un edificio son formas de acrecentar el espacio, de dar forma al aire y acerlo más holgado. Lo que siempre me intriga, al ver el hueco de un edificio demolido, es lo pequeño que era en realidad, lo poco que ocupaba. Lo plegado era más de lo que ahora, caído, se amontona sin orden. La forma no sólo hace habitable la materia: la amplía, la engrandece por dentro, cava en ella más espacio. En cierto modo, nuestros bloques de apartamentos son como diques contra el aire: prolongan la tierra y abren nichos en ella.

Hoy, al mediodía, los muros de la antigua estación mostraban su interior cariado: una gruesa lámina de hierro, ladrillos y cemento de mala calidad envuelta en una funda de piedra tiznada. Todo el hollín acumulado a lo largo de medio siglo se ha desprendido del edificio y flota invisible en un radio de dos manzanas. El tiempo exhala su aliento de calavera sobre nosotros.

*Midwinter spring is it own season...* Días casi primaverales, lustrados por un sol bullicioso y palpable. Pocas veces he visto, aquí en Madrid, una luz más fresca, más limpia. Era la misma de finales de marzo, pero aún se sentía en ella el punzón del hielo, la rara transparencia del aire aterido. En el bulevar, las acacias tomadas por el sol exhibían en sus hojas un aura escueta, del color y del brillo de un filamento de bombilla. Yo volvía a casa con mi hija en un estado de perfecta felicidad, envueltos los dos en nuestra propia estación de alivios y complicidades. En una mano sostenía una mandarina, y con la otra iba dándole gajos que ella comía con avidez. El olor de la fruta nos acompañaba como una suerte de aura olfativa, el breve filamento de bombilla que ambos habíamos encendido sin darnos cuenta.

5 de febrero. Me hizo gracia la mueca, la tímida sonrisa entre el orgullo y la vergüenza con que aquel niño siguió su camino después de golpear la pelota de vuelta al patio: un zurdazo elegante, según le venía y sin pensar, que sobrevoló la valla y dejó sentado al chico en la portería. En los mejores momentos (que no son muchos), si pudiéramos vernos en el espejo cuando surge una frase imprevista, una imagen que nos toma por sorpresa o se sale del guión, no creo que viéramos una sonrisa muy diferente. Ese ocultamiento, sobre todo.

CARAS Y CARETAS



La TOS y MALES de GARGANTA

se alivian inmediatamente con las

## TABLETAS OXYMENTHOL PERRAUDIN

Al dejar la suave temperatura de casa nuestros pulmones y bronquios son violentamente sorprendidos por el aire húmedo y frío de la calle.

Hay que ser previsor entonces para detener el mal a tiempo: una TABLETA de OXYMENTHOL PERRAUDIN (al oxígeno puro naciente) EVITARA y CURARA todo DOLOR DE GARGANTA, como asimismo la TOS, impidiendo al mismo tiempo que su mal se extienda.

EXIJANSE las verdaderas tabletas que llevan sobre cada caja la mención TABLETAS OXYMENTHOL PERRAUDIN.

De venta en todas Farmacias.

Concesionarios exclusivos:

**CAILLON y HAMONET**

BELGRANO, 648 - BUENOS AIRES

Laboratorio de los "Productos Scientia" 21 Rue Chaptal, París.

